

## PALABRAS ACTO ACADÉMICO CENTRAL DEL CENTENARIO - 16 DE DICIEMBRE DE 2004

Saludo a todas las autoridades presentes: del Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación, de la Secretaría de Educación de la Ciudad de Buenos Aires, de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires, a las otras Instituciones de Formación Docente. A los representantes de universidades, academias, embajadas y otras instituciones que nos acompañan desde hace mucho y que han estado especialmente presentes en este año del Centenario. Saludo también a los miembros del Consejo Directivo y a todos quienes forman la comunidad educativa del Profesorado Joaquín V. González: alumnos, docentes, personal administrativo y de maestranza, graduados, ex - docentes y ex - colaboradores.

Esta vez, la ocasión que nos reúne es la culminación de las celebraciones del Centenario. Con este acto coronamos parte del trabajo realizado en este año: las actividades con las que celebramos cien años formando docentes, cien años trabajando en defensa de la educación pública. Como muchos de ustedes saben, durante 2004 cada Departamento, cada espacio del Joaquín, organizó actividades académicas y culturales que incluyeron tres congresos internacionales, múltiples jornadas de actualización y de intercambio, la Muestra de la Trayectoria del Profesorado (que se expuso en la sede de la Editorial Estrada), encuentros corales y de teatro, Jornadas Virtuales y hasta una Fiesta del Centenario, en la que

nos encontramos sencillamente para compartir la alegría de pertenecer a esta comunidad.

Seguramente este Centenario tiene significados diferentes para muchos de los que estamos hoy aquí. Para algunos, es motivo de nostalgia, de recuerdo, de reencuentro. Para otros, estos cien años plantean la posibilidad de recuperar el sentido de pertenencia, de volver a una institución de la que se alejaron hace mucho y a la que hoy sienten deseos de retornar. Hay quienes preguntan si hay algo que festejar, y quienes afirmamos que nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro nos llenan de orgullo y nos impulsan a seguir trabajando, a seguir construyendo.

El Instituto que hoy llamamos “Joaquín” nació en 1904 como Instituto Nacional del Profesorado Secundario. En esos años los profesores de la escuela media no recibían una formación docente especializada. Muchos eran egresados universitarios, otros eran simplemente idóneos, y se hacía evidente la necesidad de una formación pedagógico-didáctica. En un comienzo se concibió a este Instituto como complemento de la Universidad, pero pronto se separó de ella, cuando se tomó conciencia de que era necesario que la formación fuera integral. Así, las diferentes secciones del Profesorado se organizaron para asumir la responsabilidad de brindar una sólida formación disciplinar junto con la pedagógico-didáctica. Es lo que llamamos nuestro “mandato fundacional”, que precisa que la función del Profesorado es

formar docentes que no solamente sean expertos en su especialidad sino que también sepan cómo enseñarla.

La docencia fue concebida, entonces, y prácticamente desde el inicio de la historia de esta institución, como primera profesión, y no como segunda opción. Con el correr de los años, el Instituto no sólo fue centro de formación de docentes sino que también participó en la planificación y evaluación de la educación a nivel nacional. Son nuestras marcas de origen - el mandato fundacional, la autonomía, la calidad de los profesores, la dedicación de los alumnos. Y a ellas se han ido agregando otras, como la amplia y comprometida participación de todos los claustros en la toma de decisiones, el reconocimiento del que goza la formación que brindamos y la inserción de nuestros egresados en múltiples ámbitos educativos nacionales e internacionales. Cien años después, reinterpretemos y afianzamos aquel mandato fundacional cuando afirmamos que nuestro objetivo es formar docentes autónomos, críticos y creativos que asuman a conciencia que su papel en la sociedad no es solamente el de transmisores de conocimientos sino - y fundamentalmente - el de transformadores de la realidad.

Difícil desafío - y quizás por eso aún más atractivo. Hoy en día, la educación se ve desplazada del lugar central que debería ocupar - que alguna vez ocupó - en la conciencia de la sociedad. Esto no es casual, claro. Comenzó hace más de tres décadas y no ha hecho más que profundizarse con el correr de los años. La transferencia de los servicios

educativos a las provincias, la sanción de leyes que desarticularon en vez de organizar el sistema educativo argentino, la grave desfinanciación que sufrimos en nuestras instituciones, no han sido patrimonio de un solo gobierno o de un partido, sino que revelan una preocupante, perturbadora continuidad. Cambian los discursos, las palabras pueden ser más amables, pero los hechos - los incontrastables hechos - nos muestran que la educación sigue siendo relegada, empujada hacia los márgenes.

Como flagrante ejemplo no puedo dejar de mencionar una carencia que - a pesar nuestro - también se ha convertido en una marca institucional. Me refiero al edificio propio que merecemos ocupar, preparado para cubrir nuestras necesidades, que sea punto de referencia para nuestros alumnos y egresados y manifestación concreta del lugar que debemos ocupar en nuestra sociedad. La postergación centenaria de este espacio concreto parece un doloroso indicador del lugar que se le da a la formación docente y a la educación en la Argentina.

Estos obstáculos y dificultades no nos han impedido seguir trabajando comprometidamente en la construcción de una formación docente sólida y de calidad. Nuestros profesores y nuestros alumnos dan ejemplo cotidiano de lo mucho que se puede hacer con los escasos recursos con que contamos, enseñando, estudiando, participando, investigando, cuestionando, haciendo propuestas superadoras. Lo hacemos todos los días desde las aulas, en los distintos espacios

institucionales, en las escuelas, mirando hacia afuera sin dejar de mirarnos a nosotros mismos.

Permítanme mencionar aquí la profunda tarea de revisión de los planes de estudio que la comunidad educativa en pleno viene realizando desde hace más de cinco años. Por primera vez en más de cuarenta años, docentes y estudiantes de casi todos los departamentos han debatido, reflexionado y criticado sus propias prácticas. A partir de esa mirada y atendiendo a las necesidades de la educación actual, han reformulado su formación de acuerdo a criterios institucionales construidos en conjunto, en una laboriosa tarea cuyos frutos están expresados en la excelencia que caracteriza los nuevos diseños curriculares. De acuerdo con el estilo de trabajo institucional, cada nuevo diseño ha sido plebiscitado internamente por cada departamento y luego elevado para su aprobación por el Consejo Directivo. Los nuevos planes de estudios han sido presentados ante la Secretaría de Educación sólo después de que centenares de alumnos y docentes los respaldaran con su trabajo y con su voto. Quien está comprometido en la elaboración de un proyecto lo asume y lo defiende como propio. Un buen ejemplo es el nuevo diseño curricular de la carrera de Profesor en Química, que acaba de ser aprobado para su implementación a partir de 2005.

Un pueblo educado es un pueblo que está en mejores condiciones de elegir para sí mismo el camino más justo y más digno. Es por eso que la formación docente debe ocupar un lugar central en la planificación y en la política educativa de

un país que aspire a construir su propio destino. Desde el Instituto Superior del Profesorado “Dr. Joaquín V. González” no sólo exigimos ese lugar prioritario sino que demostramos día a día, con nuestro trabajo y nuestro compromiso, que merecemos ocuparlo.